

El milagro de París: hoja de ruta para un acuerdo social de la era post-fósil

Pocas veces una Conferencia de Naciones Unidas generó tantas expectativas y temores como las negociaciones mundiales sobre el clima en París (30.11.–11.12.2015). Sus preludios se caracterizaron por una larga serie de reuniones duras o fallidas. Éstas fueron las vigesimoprimeras negociaciones sobre el cambio climático (United Nations Framework Convention on Climate Change, 21st Conference of the Parties, en breve: COP 21), celebradas en conjunto con la ronda sobre el acuerdo post-Kioto (11th Meeting of the Parties to the 1997 Kyoto Protocol, en breve: CMP 11), y se ha hecho realidad lo impensable: los 196 Estados involucrados acordaron una convención que cimienta irrevocablemente el abandono de una economía global de carácter fósil como objetivo de la comunidad mundial. Ya durante los preparativos iniciales, el ministro del Exterior francés Laurent Fabius había demostrado ser un excelente diplomático, en el transcurso de innumerables reuniones bilaterales con dirigentes mundiales y a través de su comunicación empática sobre temas y posturas críticas. También el papa Francisco asumió un activo rol para lograr que se estableciera el acuerdo climático de París; más allá de la publicación de su encíclica *Laudato Si* en junio de 2015 y de los intensos viajes, discursos y reuniones que realizó posteriormente, también fue activo directamente en el trasfondo de la conferencia. Así, se ha hecho pública una conversación que habría sostenido en los preludios de la ronda final con el Presidente de Nicaragua, quien inicialmente no había querido aprobar el acuerdo.¹

La convención climática de París², relativamente concisa con sus 31 páginas, encierra tres acuerdos principales:

1. Se acordó mantener el calentamiento climático «muy por debajo de 2 °C». El objetivo de los 2 °C se fundamenta en la conclusión –en la actualidad generalmente consolidada– de la investigación internacional sobre el clima de que a partir de este umbral se deben esperar efectos que desencadenan una alteración de la dinámica ecológica del sistema Tierra que ya no se puede controlar (por ejemplo, el deshielo de las banquisas árticas en verano y de los glaciares de Groenlandia o la desestabilización de los glaciares del Ártico, teniendo impactos enormes sobre la subida del nivel de mar). Las inéditas palabras para la diplomacia climática «muy por debajo» reflejan el voto de las islas pacíficas para establecer el límite del calentamiento climático en 1,5 °C. Sin embargo, las negociaciones más detalladas sobre este punto se postergaron para un futuro proceso post-París.
2. Las emisiones de dióxido de carbono deben detenerse por completo durante la segunda mitad del siglo XXI. Para alcanzar este objetivo de emisión cero también se están discutiendo medidas tecnológicas, tales como el CCS (*Carbon Capture and Storage*), así como la compensación de las emisiones mediante la forestación. No se fijó en la convención un aporte específico a cumplir por cada nación, sino que éstas asumieron compromisos voluntarios. En este marco se prevé la definición de métodos de medición transparentes y comparables, para cuya evaluación las naciones se reunirán en plazos de cinco años. Una primera conferencia para establecer el mecanismo de medición está planificada para celebrarse en Marrakech durante el año 2016. La primera reunión de control está agendada para 2018.

¹ Véase Christoph Seidler: «Papst soll sich in letzter Minute in Klimakonferenz eingeschaltet haben», *Spiegel online*, publicado con fecha 13.12. 2015.

² <http://unfccc.int/resource/docs/2015/cop21/eng/lo9.pdf>

3. La promesa de amplias ayudas financieras y tecnológicas para los llamados países en vías de desarrollo constituye el tercer gran éxito del acuerdo climático de París, a pesar de que el texto de la convención no cuantifica el monto de esta ayuda, sino que lo hace la llamada «parte decisoria». En ella, se define un plan de acción al 2020, año en el cual entrará en vigencia la convención de París. La parte decisoria menciona 100 mil millones de dólares al año para la administración de desastres y para ayudar con las medidas de adaptación, cifra que ya fue discutida durante el 2009 en Copenhague. El concepto se basa en el principio de la responsabilidad de las naciones industrializadas para con los perjuicios causados principalmente por ellas, pese a que el texto no lo exprese directamente de esta forma.

Sería posible comparar estos tres resultados centrales de las negociaciones con las «hojas de ruta» que se suelen establecer durante negociaciones de paz. Constituyen un plan para poner en marcha un proceso de compromisos bilaterales y de una implementación concreta. Se definen los objetivos y foros de negociación. Aún quedan muchos interrogantes acerca de si, cómo y cuándo se alcanzarán los objetivos particulares. Pese a esto ya se logró en cierto modo invertir la dinámica. Mientras los Estados en los veinte pasados años apostaron a velar por sus intereses nacionalistas y a eludir compromisos vinculantes en pos de la protección del clima, ahora se logró un autocompromiso colectivo del cual nadie se puede restar sin posicionarse al margen de la comunidad mundial. Así, se inició una nueva época de la protección climática que es posible denominar como una «convención mundial» para una «gran transformación» hacia un modelo económico post-fósil.³ La convención adquiere mayor peso por la aprobación de *todas* las naciones (para el Protocolo de Kioto, el porcentaje estuvo por debajo del 15% respecto a las emisiones de dióxido de carbono), así como por el mecanismo vinculante de un control periódico y de una mejora posterior de los objetivos climáticos nacionales.

Desde luego que también se debe dedicar una mirada sobria a las limitaciones del acuerdo climático de París. Si nos acogemos a la definición de Kant y vemos como característica del derecho su facultad de obligar a las personas, entonces la convención no tiene carácter legal, sino que netamente carácter moral. Los compromisos cuantitativos de los Estados para reducir sus emisiones de dióxido de carbono no fueron incorporados a la convención, sino que son parte de un anexo, en el cual los Estados definen sus objetivos particulares de forma voluntaria. Mientras que a principios de octubre solo un pequeño número de países había informado oficialmente sus objetivos, actualmente lo ha hecho casi su totalidad. No obstante, los esfuerzos de reducción mencionados en el documento no son ni remotamente suficientes como para lograr mantener el calentamiento del clima «muy por debajo de 2 °C» (incluso si se cumplieran las promesas, se debe considerar un incremento de la temperatura global de 2,7 a 3,2 grados).⁴ Queda por ver si el proceso de reducción, concebido de forma pluralista, será un éxito en el sentido de una adaptación de los procedimientos a los desafíos. Los intereses nacionales en pos de la prosperidad y las ideologías continuaron estando presentes durante las negociaciones y serán aún más notorios durante el proceso de implementación. Sobre todo respecto a EE. UU., donde se debe tener en cuenta la fuerte oposición por parte de los Republicanos, quienes consideran los compromisos de Obama como un «cheque en blanco».

³ Véase sobre esta terminología: Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen (WBGU): *Welt im Wandel. Gesellschaftsvertrag für eine Große Transformation*, Berlín (2011).

⁴ Para un análisis más detallado de los procesos de negociación y su trasfondo e interrogantes abiertos, véase Susanne Dröge: *Das Pariser Abkommen 2015: Weichenstellung für das Klimaregime*, Berlín: Deutsches Institut für Internationale Politik und Sicherheit, noviembre de 2015.

Además, los logros de la Conferencia en París sobre el Cambio Climático vienen acompañados de un «mensaje» económico de contenido absolutamente divergente. Desde hace años que los precios de combustible en las gasolineras no han estado tan bajos. En un clima de competencia por los mercados de consumo, los precios van en caída libre, frente a una oferta incrementada por la fracturación hidráulica. Sigue siendo un enigma la pregunta de cómo se podrán efectivamente lograr los objetivos ambiciosos de París pese al fuerte incremento que China e India llevan a cabo respecto a sus centrales termoeléctricas. De todos modos, resulta sorprendente que esta vez China haya accedido a asumir compromisos. Pese a que este país financieramente poderoso –el mayor emisor de carbono en el mundo– se haya mantenido algunas escapatórias, señaló que, más allá de distanciarse de las energías fósiles, quiere aportar al financiamiento de la administración de desastres y del fomento al desarrollo post-fósil en los países del Sur global. La aprobación de la convención en pos de la protección climática por India se logró tras promesas de que el país se beneficiará de la transferencia tecnológica en el ámbito de las energías sustentables.

Que la comunidad mundial fracase respecto al alto objetivo formulado en París es una amenaza que no se puede descartar. Muchos campos críticos de acción fueron apenas considerados, por ejemplo, la agricultura y la alimentación global, el tráfico aéreo y naviero, así como interrogantes de la coherencia entre la política climática, energética y de desarrollo. Tampoco se ha definido con claridad el modo de proceder en la modificación del orden económico mundial establecido, con sus regímenes comerciales, actores globales y sus desigualdades socioeconómicas. Los objetivos y autocompromisos de París no se pueden cumplir sin someter nuestros estilos de vida y de consumo a transformaciones fundamentales. Como parte de lo anterior, cada individuo tendrá que asumir su responsabilidad.

Será importante que la UE dé un paso adelante y entregue un buen ejemplo al implementar medidas para cumplir los objetivos de reducción de las emisiones. Para ello, será necesaria una rápida reforma del sistema del comercio de emisiones en la UE que se oriente en objetivos. Es necesario reducir las emisiones sobre todo en el sector del transporte, en la agricultura y en el sector de la construcción. Una prueba de fuego para la seriedad de las promesas de París será la pregunta de si se logra aprobar e imponer en contra de todas las resistencias un rápido abandono del uso del carbón. Estos aspectos deben ser de importancia central en el plan sobre la protección climática de 2050 que actualmente está siendo elaborado por el gobierno alemán.⁵ Con la transición energética decidida bajo el impacto de Fukushima, Alemania ha asumido un papel líder, el cual a futuro seguirá implicando variados conflictos. Oportunamente antes de París, las grandes compañías energéticas EON y RWE se adaptaron a esta transición al separar sus ramas comerciales de energía renovable de aquellas de la energía fósil y nuclear. No obstante, una mirada más honda revela que dicha estrategia empresarial acaba por cargarle los costos para la transformación a los ciudadanos contribuyentes. Por el lado positivo, Alemania tiene buenas chances de exportar tecnologías innovadoras y de desarrollar modelos integrales de una «bioeconomía».⁶

Que este camino también pueda resultar razonable desde el punto de vista económico revela el hecho de que este año las inversiones en energías renovables superan por primera vez las

⁵ Véase la posición del Comité Central de los Católicos alemanes ZdK (<http://www.zdk.de/veroeffentlichungen/pressemitteilungen/detail/ZdK-begruesst-Klimaabkommen-als-Meilenstein-in-der-Geschichte-der-Klimadiplomatie--1003f/>).

⁶ Véase las páginas web de los consejos para la bioeconomía que se han instalado a nivel de la UE, así como a nivel nacional y de algunos estados federados en Alemania, por ejemplo: <http://www.biooekonomierat-bayern.de/>

inversiones en fuentes de energía fósil. Simultáneamente, cobra dinamismo el movimiento de desinversión. Al Fondo Noruego de Pensiones y a diversos otros grandes y pequeños inversionistas se sumaron recientemente la multinacional Allianz y varias empresas como *Ceres' Investor Network on Climate Risk*, que representa a 381 inversionistas con un valor de 25 mil millones de dólares, al anunciar su abandono del negocio con energías fósiles. Éstos ejemplos nutren la esperanza de que se haya desatado un dinamismo positivo hacia un abandono de la energía fósil por parte de la economía. A la UE y a Alemania les corresponde además un papel importante en el apoyo de los países emergentes y en vías de desarrollo, en cuanto a permitir una síntesis entre la protección climática y la lucha contra la pobreza. Tanto a nivel nacional como internacional cobran creciente importancia aquellas ciudades y redes de la sociedad civil que pretenden acelerar el proceso de transformación hacia una economía post-fósil.

Desde la perspectiva de la ética social cristiana se plantea, entre otras cosas, la cuestión por el papel de las iglesias y las responsabilidades de la reflexión ética en el curso del iniciado proceso de transformación. Después de París, sigue siendo necesaria una profunda reflexión ética sobre aquellos conflictos que se dan entre los objetivos de la lucha de la pobreza y la protección del clima, así como la pregunta por la asignación de las responsabilidades y por la transformación del modelo del bienestar. Sobre todo en EE. UU. la encíclica ambiental ha generado un debate constante y de principios sobre el cambio climático. Ningún otro texto ha llamado tanto la atención a nivel mundial en los últimos 20 años. Para el público informado, la principal novedad no fue su contenido, sino la insistencia moral respecto a vincular interrogantes ecológicos y sociales, así como la amplia percepción de su profunda dimensión cultural y religiosa. Uno de sus logros esenciales estuvo y sigue estando en la deslegitimación de aquellos escépticos del cambio climático que poseen una motivación cristiana. Los anteriores textos doctrinales pontificios ni siquiera habían mencionado el concepto «cambio climático» y con ello habían contribuido de forma indirecta a desmentir el problema.⁷

Si bien en los comunicados pontificios desde fines de la década de 1960 ya se observan algunos llamados conmovedores para asumir la responsabilidad con la Creación, les faltaba la intención política y un cimiento sociológico, situación comparable con los insistentes llamados en pos de la dignidad del ser humano durante la primera mitad del siglo XX, pero que no fueron acompañados por un compromiso real por los derechos humanos. Aún está frágil y en ciernes la transformación de la doctrina social católica motivada por la integración de la dimensión ecológica. Para darle mayor estabilidad, hace falta un amplio cimiento institucional a nivel de la investigación ético-social, así como de las cooperaciones ecuménicas e interreligiosas. La misión y la competencia especial de las iglesias está en contribuir a un cambio cultural mediante la comunicación fundamentada en la ética y, a la vez, cercana a la cotidianidad. A través de esfuerzos propios, por ejemplo, en la administración de edificios o en la orientación ecológico-social de la demanda, pueden apoyar de forma importante el cambio necesario y así lograr la credibilidad que les hace falta. El texto *Ethisch-nachhaltig investieren* (Inversiones sustentables en lo ético) que fue publicado en julio por los obispos alemanes y el Comité Central de los Católicos, es un excelente avance para asumir un autocompromiso que sirve de modelo para otros, al igual que el proceso ecuménico *Umkehr zum Leben – den Wandel gestalten* (Retorno a la vida: darle forma al cambio) que aboga por la protección climática y un desarrollo sustentable.

La Conferencia Mundial del Clima de París definió los objetivos y el marco político, pero aún queda pendiente la implementación de los postulados a través de acciones concretas. Solo

⁷ Para un análisis más profundo, véase Markus Vogt: *Prinzip Nachhaltigkeit. Ein Entwurf aus theologisch-ethischer Perspektive*, 3.^a ed. Múnich (2013).

cuando este proceso cobre dinamismo, la convención sobre el clima de París se convertirá en una transición histórica. El hecho de que la diplomacia de la negociación multilateral –que ya muchos habían dado por muerta– haya resultado exitosa al fin, parece ser un pequeño milagro o al menos un motivo de inmensa gratitud y alegría.

*Prof. Dr. Markus Vogt,
LMU Múnich, cátedra de Ética social cristiana*